

Nápoles y costa Amalfitana

Permanente anarquía



Nápoles fue fundada donde naufragó el cuerpo de Parténope, aquella sirena que murió de tristeza cuando Ulises escapó de la encerrona de Capri atándose al mástil. Me recibe una barahúnda de peatones, motorinos y automóviles. El único modo de sobrevivir es adoptando su salvaje modo de conducción.

Miquel Silvestre

Aunque aquí hasta los coches de policía se accidentan, el napolitano está hecho a su modo de vida. Lo que semeja un caos perfecto obedece, en realidad, a un depurado sistema de normas. Si bien la ciudad parece siempre al borde del colapso o la revuelta, es sólo un espejismo; el sobresalto es aquí lo cotidiano. Al fin y al cabo, la permanente anarquía es otra forma de orden.

Sobre la bahía descansa el islote Megaride y el Castel dell'Ovo. Fue parte de la villa de Lucio Licinio Lúculo, rico general romano, más famoso por sus banquetes que por sus victorias. Una noche sin invitados, su criado preparó sencilla vajilla y cena frugal. Cuando el milite vio aquello, reclamó con énfasis el suntuoso lujo que habitualmente rodeaba sus célebres comilonas. La mesa aún debía estar mejor puesta que de costumbre. ¿Sólo entonces su frase inmortal. "¿Pero acaso no te das cuenta de que esta noche Lúculo cena con Lúculo?"

El casco antiguo es Patrimonio de la Humanidad. El castillo de San Telmo, el palacio de Capodimonte, La Catedral, la Piazza Plebiscito, situada entre el Teatro San Carlo y el Palacio Real. Sin saber bien qué maravilla

elegir para las fotos, me dirijo al impresionante Castel Nuovo, construido en el siglo XIII, donde Boccaccio escribiera el "Decamerón" y, tiempo después, Fernando González de Córdoba, El Gran Capitán, le hiciera a los reyes católicos sus famosas cuentas. Porque Nápoles fue virreinato español hasta que Garibaldi le arrancara a los Borbones el reino de las Dos Sicilias.

Más allá de Pompeya aparece la belleza máxima de la Península Sorrentina, donde los acantilados se precipitan sobre el mar y la bota italiana se alarga tratando de alcanzar la fantástica isleta de Capri. La estrecha senda que recorre los bordes de esta maravilla geográfica se retuerce siguiendo una línea costera diseñada por un ingeniero loco. Y es que el litoral amalfitano es de una hermosura grandiosa, incommensurable, pero al mismo tiempo resulta una de las carreteras europeas más peligrosa que jamás haya recorrido, dada su sucesión de curvas ciegas y el más que peculiar estilo de pilotaje de los napolitanos.

Muchas curvas después

Una vez se abandona la concurrida vertiente norte, el tráfico se amansa y hay largos tramos

de sinuosa y solitaria senda que se asoma a un Mediterráneo limpio y mágico. Los salientes pétreos parecen pezuñas arrugadas de un monstruo plantadas sobre un mar que se quejara exhalando una tenue neblina. Es en este tramo del sur donde se adhiere a las rocas el imposible pueblo de Positano. No tiene una calle recta ni sentido lógico alguno. Es una lapa sobre la pared casi plana. Insufrible para la vida

cotidiana, es exclusivo refugio de turistas. Ya no hay lugareños ni viviendas reales, sólo hoteles y restaurantes de estratosféricas tarifas.

Pocos kilómetros y muchas curvas después aparece Amalfi, que fuera capital de una antigua república marina, cuyos dominios terrestres eran laderas verticales de imposible conquista e innecesaria defensa. Réplica mediterránea de la umbría Venecia, hay una plaza y una maravillosa iglesia renacentista a la que se accede subiendo decenas de peldaños. En los montes circundantes han proliferado villas casi suspendidas sobre el abismo. El atardecer es una rosada acuarela desleída. Encuentro una habitación con balcón. En la terraza del restaurante sólo hay una mesa ocupada por comensales que se comportan como decadentes nobles de película neorrealista.

Pido una botella de Chianti, ñoquis y pastel de chocolate. Es un banquete más sabroso que la lata de lubricante Repsol que le tengo preparada a mi BMW. El hostelero me pregunta si acaso no me entristece cenar solo. Quedo pensativo mientras el vino calienta mi estómago y contemplo la luna lavando su reflejo en el mar. No es que dude qué responderle. Adoro mis veladas solitarias. Disfruto escribiendo estas notas, clasificando las fotos de la jornada, observando a mis semejantes, dejando que el licor me haga sentir y recordar. Sin duda, estas cenas son parte de lo mejor de mis viajes. Si dudo es sólo porque, aunque intento encontrar otras, las palabras que mejor lo expresarían no son mías, sino de un viejo general romano más famoso por sus banquetes que por sus victorias.

Datos de interés

Cómo llegar

El modo más directo es usando el ferry de Grimaldi Lines (www.grimaldi-lines.com), que enlaza Barcelona con Civitavecchia. Llega a Italia a las cinco y media de la tarde y en media hora se puede pernoctar en Roma, o en tres horas llegar a Nápoles por la E45.

Dónde dormir y comer en la Costa Amalfitana

Entre Positano y Amalfi se encuentra el Barilotto del Nono: vistas al mar, amabilidad y precios razonables. Teléfono: +39 089 875618.